

I

Dieciocho años. Pues bien, conducía un buen coche, un deportivo de los caros. Iba bien vestido, un tipo elegante, fuerte, no demasiado corpulento. Cuando se fue de su pueblo del Medio Oeste para vivir en Nueva York tenía veintiún años y ahora, al regresar, cuarenta. Se dirigía al pueblo desde el Este, y se detuvo a comer en otro pueblo, a diez millas de distancia.

Cuando se marchó de Caxton, tras la muerte de su madre, les escribía cartas a sus amigos del pueblo, pero después de unos cuantos meses las respuestas empezaron a llegar cada vez con menos frecuencia. El día en que se hallaba sentado comiendo en un pequeño hotel de la ciudad que quedaba a diez millas de Caxton pensó repentinamente en la razón, y se avergonzó. “¿Regreso por la misma razón por la que escribí las cartas?”, se preguntó. Por un momento consideró que no debía seguir adelante. Aún estaba a tiempo de dar media vuelta.

Fuera, en la mayor calle comercial de la población vecina, la gente paseaba. El sol brillaba, cálido. A pesar de que había vivido durante tantos años en Nueva York, siempre conservó, oculta en algún rincón de su interior, cierta nostalgia por su región natal. Se había pasado el día anterior conduciendo a través de la región este de Ohio, cruzando multitud de riachuelos, de pequeños valles, contemplando las blancas granjas alejadas de la carretera y los enormes graneros rojos.

Los saúcos todavía en flor bordeaban las vallas, los chicos jugaban en un arroyo, habían segado el trigo y el maíz ya llegaba a la altura del hombro. Por todas partes se oía el zumbido de las abejas; en algunas parcelas de terreno junto a la carretera había un denso, misterioso silencio.

Ahora, sin embargo, se había puesto a pensar en otra cosa. Lo invadía la vergüenza. “Cuando me fui de Caxton por primera vez, les escribía cartas a mis amigos de juventud, pero siempre escribía sobre mí mismo. Cuando ya había escrito en la carta lo que hacía en la ciudad, qué amigos tenía, cuáles eran mis perspectivas, añadía, en el último renglón quizá, alguna preguntita: ‘Espero que estés bien. ¿Qué tal te van las cosas?’. Algo por el estilo.”

El lugareño de regreso —su nombre era John Holden— se puso muy nervioso. Después

de dieciocho años le parecía estar viendo una de las cartas que había escrito dieciocho años antes, en la época en que fue por primera vez a la extraña ciudad del Este. El hermano de su madre, un arquitecto de éxito en aquel lugar, le había dado tal y tal oportunidad; había ido al teatro a ver a Mansfield en el papel de Bruto; había tomado el barco nocturno que remonta el río hasta Albany con su tía; había dos chicas muy guapas en ese barco.

Debió de escribirlo todo en el mismo tono. Su tío le había dado una oportunidad única, y él la supo aprovechar. Con el tiempo, se convirtió también en un renombrado arquitecto. Había unos cuantos edificios importantes en Nueva York, dos o tres rascacielos, unas cuantas plantas industriales de enormes dimensiones, gran cantidad de residencias caras y hermosas, que eran producto de su cerebro.

Cuando se puso a escarbar en su memoria, tuvo que admitir que su tío no le tenía especial aprecio. Sucedió simplemente que sus tíos no tenían hijos. Él cumplía en la oficina y, con dedicación, había desarrollado cierto talento, bastante sorprendente, para el diseño. Su tía le quería más. Siempre procuró pensar en él como en su propio hijo. A veces le llamaba hijo. En una o dos ocasiones, después de la muerte de su tío, a John le vino algo a la memoria. Su tía era una buena mujer, pero a veces, pensaba, tal vez habría disfrutado si él, John Holden, hubiera sido un poco malo, un poco más irresponsable de vez en cuando. Nunca hizo nada por lo que ella tuviera que perdonarle. Quizá ella deseara tener la oportunidad de perdonar.

Pensamientos extraños, ¿verdad? Bueno, eso es lo que hace todo el mundo. Solo se vive una vez. Hay que pensar en uno mismo.

¡Maldición! A John Holden le importaba su viaje de regreso a Caxton, le importaba más de lo que creía. Era un espléndido día de verano. Al volante de su automóvil había atravesado las montañas de Pensilvania, del estado de Nueva York, hasta el este de Ohio. Gertrude, su esposa, había muerto el verano anterior y su hijo, un muchacho de doce años, pasaba el verano en un campamento de Vermont.

Simplemente se le había ocurrido. “Iré en coche, sin prisa, a través del país, embebiéndome de él. Necesito un descanso, tiempo para pensar. Lo que de verdad me hace falta es renovar las viejas amistades. Regresaré a Caxton y me quedaré unos cuantos días. Veré a Herman, a Frank y a Joe. Y luego llamaré a Lillian y a Kate. ¡Será divertido de verdad!” Así sería su regreso a Caxton. El equipo del pueblo estaría jugando un partido, pongamos que contra el equipo de Yerington. Lillian iría con él al partido. Tenía la vaga impresión de que Lillian no se había casado. ¿Cómo podía saberlo? Hacía muchos años que no tenía noticias de Caxton. El partido sería en el campo de Heffler, y Lillian y él irían paseando bajo los arcos de Turner Street, más allá de la vieja fábrica de barriles, luego tomarían el camino polvoriento, más allá de donde estaba entonces el aserradero, y hasta el mismo campo. Él sostendría una sombrilla por encima de la cabeza de Lillian, y Bob French estaría en la puerta del campo,

cobrando veinticinco centavos a la gente por ver el partido.

Bueno, no sería Bob, su hijo, quizá. Había algo muy agradable en la idea de Lillian yendo a ver un partido así con su antiguo amor. Una multitud de muchachos, mujeres y hombres entrarían por la puerta del ganado al campo de Heffler, se pasearían sobre el polvo, jóvenes con sus chicas, algunas mujeres de cabello gris, madres de los muchachos que formaban el equipo, Lillian y él sentados en la desvencijada tribuna bajo el cálido sol.

Una vez había sido así. ¡Cómo se habían sentido, él y Lillian, allí sentados juntos! Resultaba bastante complicado centrar la atención en los jugadores que había sobre el campo. No se podía preguntar al vecino: “¿Quién va ganando, Caxton o Yerington?”. Latán tenía las manos sobre el regazo. ¡Qué manos tan blancas, delicadas y expresivas tenía! Una vez —fue justo antes de que él se marchara a la ciudad con su tío y solo un mes después de que muriera su madre— él y Lillian fueron juntos al campo una noche. Su padre había muerto cuando él no era más que un muchacho, y no tenía más parientes en el pueblo. Ir al campo de noche era quizá un poco arriesgado para Lillian —arriesgado para su reputación si alguien lo descubría—, pero al parecer tenía bastantes ganas de hacerlo. Ya saben cómo son las chicas de pueblo a esa edad.

Su padre era dueño de una zapatería en Caxton, un hombre bueno y respetable; pero los Holden..., el padre de John había sido abogado.

Tras regresar del campo aquella noche —debía de ser pasada la medianoche— se sentaron en el porche de la casa del padre de la muchacha. Él tenía que haberlo sabido. ¡Una hija tonteando de ese modo con un muchacho en medio de la noche! Estaban fuertemente unidos el uno al otro por un sentimiento extraño, desesperado, ni siquiera comprensible. Ella no entró en casa hasta pasadas las tres, y solo porque él insistió. No quería arruinar su reputación. Porque él podría... La muchacha se comportaba como un chiquillo asustado cuando pensaba en su partida. Él tenía entonces veintidós años, y ella debía de tener unos dieciocho.

Dieciocho y veintidós suman cuarenta. John Holden tenía cuarenta años el día en que se sentó a comer en el hotel del pueblo a diez millas de Caxton.

Ahora, pensaba, causaría cierta impresión paseando por las calles de Caxton junto a Lillian en dirección al campo. Ya saben cómo es eso. Uno tiene que aceptar el hecho de que la juventud se ha ido. Si resultaba que había partido y Lillian lo acompañaba, aparcaría el coche en el garaje y le propondría que fueran caminando. En las películas se ven escenas así: un hombre que regresa a su pueblo natal después de veinte años; un nuevo tipo de belleza está en el lugar de la belleza de la juventud, algo así. En primavera las hojas de los arces resultan muy hermosas, pero aún lo son más en otoño, son una llama de color, la hombría y la feminidad en su madurez.

Después de comer John no se sentía muy cómodo. El camino hacia Caxton: antes se tardaba cerca de tres horas en recorrer esa distancia a caballo o en carro, pero ahora, y sin ningún esfuerzo, podía hacerse en veinte minutos.

Encendió un cigarrillo y salió a pasear no por las calles de Caxton, sino por las del pueblo a diez millas de distancia. Si llegaba a Caxton a última hora, justo al anochecer, se estaba diciendo...

Con una punzante impresión, John se dio cuenta de que deseaba la oscuridad, la placidez de las delicadas luces del anochecer. Lillian, Joe, Herman y el resto. Habían sido dieciocho años para los demás igual que para él mismo. Logró transformar un poco el miedo a Caxton en miedo a los demás, y eso hizo que se sintiera un poco mejor; pero de pronto advirtió lo que estaba haciendo y se sintió incómodo de nuevo. Había que estar preparado para los cambios, gente nueva, nuevas construcciones, gente de mediana edad que se había hecho vieja, jóvenes que ahora eran de mediana edad. En cualquier caso, ahora pensaba en los demás. A diferencia de cuando escribía sus cartas a casa dieciocho años antes, no pensaba solo en sí mismo. “¿De verdad?” Era una pregunta.

Una situación absurda, en verdad. Había atravesado tan contento el norte del estado de Nueva York, el oeste de Pensilvania, el este de Ohio. Los hombres trabajaban en el campo y, en los pueblos, los granjeros marchaban hacia las ciudades en sus coches, nubes de polvo se levantaban en algún lejano camino que se divisaba al otro lado del valle. En una ocasión paró el coche cerca de un puente y salió a pasear por la orilla de un riachuelo que serpenteaba al adentrarse en un bosque.

Le gustaba la gente. Bueno, nunca le había dedicado demasiado tiempo a la gente, a pensar en ella ni en sus asuntos. “No tenía tiempo”, se decía a sí mismo. Siempre supo que aunque fuera arquitecto las cosas cambiaban deprisa en Estados Unidos. Llegaban hombres nuevos. No podía arriesgarse a seguir para siempre apegado a la reputación de su tío. Un hombre tiene que mantenerse siempre alerta. Afortunadamente, su matrimonio le ayudó. Le proporcionó muy buenas relaciones.

En dos ocasiones recogió a gente en la carretera. Uno era un muchacho de dieciséis años, de algún pueblo del este de Pensilvania, que se dirigía a la costa del Pacífico deteniendo a los coches que iban en esa dirección. Una aventura veraniega. John lo acompañó todo un día y escuchó lo que decía con complacido interés. Así que aquella era la nueva generación. El muchacho tenía una mirada agradable, y era de modales francos y generosos. Fumaba cigarrillos y en una ocasión en que tuvieron un pinchazo se mostró muy dispuesto y cambió la rueda muy deprisa. “No hace falta que se ensucie las manos, señor. Yo puedo hacerlo en un abrir y cerrar de ojos”, dijo. Y lo hizo. El chico contó que tenía la intención de llegar por tierra hasta la costa del Pacífico, donde intentaría conseguir trabajo en algún barco de carga y que, si lo conseguía, viajaría por todo el mundo. “Pero ¿hablas alguna lengua extranjera?” El chico dijo que

no. A la velocidad del rayo cruzaban la mente de John Holden imágenes de los calurosos desiertos del Este, de populosas ciudades asiáticas, regiones montañosas medio salvajes. Como joven arquitecto, y antes de que muriera su tío, había pasado dos años viajando por el extranjero, estudiando los edificios de muchos países; pero no le dijo nada de esos pensamientos al muchacho. Vastas llanuras en las que adentrarse con ansioso, juvenil abandono, un viaje alrededor del mundo emprendido como él, siendo joven, podría haberle servido para encontrar su propio camino desde casa de su tío en la calle Ochenta y uno Este, cerca de Battery. “Qué sé yo. Quizá él sí lo consiga”, pensó John. El día que pasó en compañía del muchacho fue muy agradable, y a la mañana siguiente procuró volver a recogerle; pero el chico ya había reemprendido camino, se habría subido al coche de alguien más madrugador. ¿Por qué no le invitó John a su hotel aquella noche? No se le ocurrió hasta que fue demasiado tarde.

Juventud, un poco salvaje e indisciplinada, viviendo a lo loco, ¿eh? Me pregunto por qué yo nunca lo hice, nunca quise hacerlo.

Si hubiera sido un poco más audaz, un poco más imprudente, aquella noche, aquel momento en que él y Lillian... “Está muy bien ser imprudente con uno mismo, pero cuando se involucra a alguien más, a una chiquilla de pueblo, cuando es uno el que se larga...” Recordaba claramente que aquella noche, mucho antes, cuando estaba sentado junto a Lillian en el porche de la casa de su padre, su mano...; era como si Lillian, aquella noche, no fuera a rechazar nada de lo que él quisiera. Pensó..., bueno, pensó en las consecuencias. Los hombres deben proteger a las mujeres, ese tipo de cosas. Lillian tenía una expresión de perplejidad mientras él se iba, aunque fueran las tres de la madrugada. Parecía una de esas personas que esperan la llegada del tren en la estación. Hay una pizarra y aparece un tipo extraño que escribe: “La salida del tren número 287 ha sido cancelada”, algo así.

Bueno, todo fue bien.

Más tarde, cuatro años después, se casó con una neoyorquina de buena familia. Incluso en una ciudad como Nueva York, en la que hay tanta gente, su familia era muy conocida. Tenía muchos contactos.

Después de casarse, en alguna ocasión, es cierto, se sorprendía. Gertrude solía mirarle a veces con una luz peculiar en los ojos. O el muchacho al que había recogido en la carretera; en una ocasión durante aquel día, cuando John le dijo algo, apareció en los ojos del chico la misma extraña mirada. Habría sido más bien triste enterarse de que aquel muchacho lo había evitado a propósito a la mañana siguiente. También estaba el primo de Gertrude. Después de casarse, John oyó decir que Gertrude había querido contraer matrimonio con aquel primo pero, por supuesto, él no le dijo nada. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? Era su esposa. Al parecer, había habido gran cantidad de objeciones por parte de la familia contra aquel primo. Tenía fama de indisciplinado, de jugador y bebedor.

Una vez el primo apareció en el apartamento de los Holden a las dos de la mañana, bebido y pidiendo que le dejaran ver a Gertrude; ella salió a su encuentro enfundada en una bata. Eso ocurrió en el vestíbulo del edificio, donde cualquiera que entrase podría haberla visto. De hecho, el conserje y ascensorista la vio. Había estado allí de pie, en el vestíbulo principal, hablando durante cerca de una hora. ¿Sobre qué? John jamás se lo preguntó directamente, y ella nunca le contó nada. Cuando finalmente subió y se acostó, él yacía temblando en su propia cama, pero guardó silencio. Temía decir algo inconveniente si hablaba; mejor seguir callado. El primo había desaparecido. Más tarde John tuvo la sospecha de que Gertrude le mandaba dinero. Se fue a algún lugar del Oeste.

Ahora Gertrude estaba muerta. Había tenido siempre un aspecto muy saludable, pero de repente la atacó una especie de inexplicable fiebre intermitente que duró casi un año. A veces parecía mejorar, y entonces, súbitamente, la fiebre empeoraba. Quizá fuera que no quería vivir. ¡Menuda idea! John estaba junto a la cama, al lado del médico, cuando ella murió. Experimentó en ese momento algo parecido a lo que había sentido aquella noche de su juventud cuando fue con Lillian al campo de deportes; una extraña sensación de algo inadecuado. No cabía duda de que, de algún modo sutil, ambas mujeres lo acusaron.

¿De qué? En la actitud que su tío, el arquitecto, y su tía mantenían hacia él hubo siempre cierta forma de vaga, indefinible acusación. Le dejaron su dinero, pero... Era como si su tío hubiese dicho, como si Lillian aquella noche de hacía tanto tiempo hubiese dicho...

¿Habían dicho todos lo mismo, y lo dijo su mujer en el lecho de muerte? Una sonrisa. “Siempre te has cuidado tanto, ¿verdad, John, querido? Has seguido las reglas. No has corrido ningún riesgo ni para ti mismo ni para los demás.” En realidad ella le dijo algo así en una ocasión, en un momento de enfado.

II

En la pequeña ciudad no muy lejos de Caxton no había ningún parque en el que se pudiera sentarse. Si se quedaba en el hotel, podía suceder que llegara alguien de Caxton. “Hola, ¿qué estás haciendo aquí?”

No le convenía dar explicaciones. Anhelaba la delicadeza de la suave luz en el anochecer, para sí mismo y para los viejos amigos a los que iba a ver de nuevo.

Pensó en su hijo, un chico de doce años. “Bueno —se dijo—, su carácter aún no ha comenzado a formarse.” Había ya en el hijo una inconsciencia acerca de los otros, un egoísmo indiferente, una despreocupación por todo el mundo, una ambición malsana por ser mejor que el resto. Era algo que había que corregir de una vez por todas. A

John Holden le entró un moderado pánico. “Tengo que escribirle de inmediato. Un hábito así arraiga en el niño, después persiste en el hombre y más tarde ya no es posible desprenderse de él. ¡En el mundo vive tanta gente! Cada hombre y cada mujer tienen su propio punto de vista. Ser civilizado, en realidad, es tener en cuenta a los demás, sus esperanzas, sus alegrías, sus ilusiones sobre la vida.”

John Holden avanzaba ahora por la calle residencial de una pequeña ciudad de Ohio, redactando mentalmente una carta dirigida a su hijo en el campamento de Vermont. Era de esos que le escriben a su hijo todos los días. “Creo que es lo que debe hacer un hombre —se decía—, hay que pensar que el muchacho ahora no tiene madre.”

Había llegado a una estación de ferrocarril de las afueras. Era un lugar con un aspecto estupendo, la hierba y las flores crecían en círculo en medio del césped. Un hombre, quizá el jefe de estación y operador telegráfico, pasó a su lado y entró en el edificio. John le siguió. En la pared de la sala de espera había una copia enmarcada de los horarios y se detuvo a mirarla. Había un tren para Caxton a las cinco. Otro tren venía de Caxton y pasaba por la ciudad en la que ahora se encontraba a las siete y cuarenta y tres, con salida de Caxton a las siete y diecinueve. El encargado de las taquillas, pequeñas en esa estación, descorrió un panel y le miró. Los dos hombres se observaron sin hablarse, y luego el panel se corrió de nuevo para cerrarse.

John miró su reloj. Las dos y veintiocho. Sobre las seis podría coger el coche, ir a Caxton y cenar allí. Después de cenar, empezaría a anochecer y la gente se reuniría en la calle principal. El de las siete y diecinueve llegaría entonces. A veces, cuando John era un muchacho, Joe, Herman y él, y a menudo varios muchachos más subían al vagón de equipajes o de correo y así hacían un trayecto gratis hasta la mismísima ciudad en la que se encontraba entonces. ¡Qué emoción, agachado en la creciente oscuridad del andén, y mientras el tren recorría las diez millas, con el vagón trepidando de un lado a otro! En otoño o primavera, cuando empezaba a oscurecer, los campos que quedaban junto a la vía se iluminaban cada vez que el encargado de la caldera la abría para añadir más carbón. En una ocasión, gracias a ese resplandor, John vio un conejo corriendo junto a los raíles. Podría haber estirado el brazo y lo habría cogido con la mano. En el pueblo vecino, los muchachos se metían en alguna taberna, jugaban al billar y bebían cerveza. Para regresar tenían que subirse al tren de carga local que llegaba a Caxton hacia las diez y media. En una de aquellas aventuras, John y Herman se emborracharon, y Joe tuvo que ayudarles a colarse en un vagón de carbón vacío y luego sacarles de allí en Caxton. Herman se encontraba mal, y cuando salían del vagón ya en Caxton, tropezó y estuvo muy cerca de caer bajo las ruedas del tren en movimiento. John no estaba tan bebido como Herman. Mientras los otros no miraban, vació varios vasos de cerveza en una escupidera. En Caxton, Joe y él tuvieron que pasear a Herman durante algunas horas y cuando finalmente John llegó a casa, su madre estaba despierta todavía y preocupada. Tuvo que mentirle. “Fuimos a dar un paseo en coche con Herman, y se pinchó una rueda. Tuvimos que volver a casa a pie.” Joe aguantaba tan bien la cerveza porque era alemán. Su padre era el dueño de la

carnicería del pueblo y en su casa la familia servía cerveza a la hora de comer. No era ninguna maravilla que el alcohol no lo tumbara como hacía con Herman y John.

A un lado de la estación del ferrocarril había un banco, en la sombra, y John se quedó allí sentado durante mucho tiempo, dos, tres horas. ¿Por qué no habría llevado un libro? Mentalmente redactaba una carta para su hijo, le hablaba de los campos que había junto a la carretera en las afueras de la ciudad de Caxton, de sus saludos a los viejos amigos, de cosas que ocurrieron cuando aún era un muchacho. Incluso le hablaba de su antiguo amor, Lillian. Si preparaba bien lo que iba a decir en la carta, la podría escribir en su habitación del hotel de Caxton en pocos minutos, sin necesidad de pararse a pensar. Uno no puede ser siempre tan quisquilloso con lo que le cuenta a un muchacho. En realidad, a veces tienes que confiar en él, mostrarle tu vida, hacer que forme parte de ella.

Eran las seis y veinte cuando John entró en Caxton en coche y fue al hotel, donde se registró y le mostraron una habitación. En la calle, mientras conducía por la ciudad, vio a Billy Baker, que de joven tenía una pierna paralizada y la arrastraba al caminar. Ahora se estaba haciendo viejo; tenía la cara arrugada y marchita, como un limón seco, y la ropa manchada en la pechera. La gente, incluso la gente enferma, vive mucho tiempo en los pueblos de Ohio. Es sorprendente lo que resiste.

John había dejado el coche, un modelo bastante caro, en un garaje al lado del hotel. Antes, en sus tiempos, usaban ese edificio como establo. Solía haber retratos de caballos famosos en las paredes de la pequeña oficina de la parte delantera. El viejo Da-ve Grey, que tenía sus propios caballos de carreras, regentaba el establo entonces, y a veces John le alquilaba un carro. Alquilaba un carro y se llevaba a Lillian de excursión por los alrededores, por caminos que iluminaba la luna. Un perro ladraba en una granja solitaria. A veces se metían por un caminito sucio bordeado de arces y entonces detenían el caballo. ¡Qué silencio había en todas partes! ¡Qué extraño lo que sentían! No podían hablar. A veces se quedaban sentados sin decir nada, muy cerca el uno del otro, durante mucho, mucho tiempo. En una ocasión se bajaron del carro, ataron el caballo a una valla y estuvieron paseando por un campo de heno recién cortado. Había pequeños fardos de heno apilado por todas partes. John tenía ganas de acostarse en uno de los fardos junto a Lillian, pero no se atrevió a sugerírselo.

En el hotel, John cenó en silencio. No había siquiera un viajante de comercio en el comedor, y pronto, la mujer del propietario se sentó a su lado para charlar con él. Normalmente, el hotel recibe a un buen número de turistas, pero aquel era un día tranquilo. A veces hay días grises en el negocio hotelero. Su marido era viajante y había comprado el hotel para mantener ocupada a su esposa mientras él estaba fuera. ¡Pasaba tanto tiempo lejos! Habían llegado a Caxton desde Pittsburgh.

Después de cenar, John subió a su habitación y enseguida le siguió la mujer. La puerta que daba al vestíbulo había quedado abierta, y ella se quedó ahí, de pie. Realmente

era bastante hermosa. Tan solo quería asegurarse de que todo estaba bien, que tuviera toallas, jabón y lo que necesitara.

Durante un momento se demoró en la puerta hablando del pueblo.

—Es agradable esta pequeña ciudad. El general Hurst está enterrado aquí. Tiene que ir al cementerio a ver la estatua.

John se preguntó quién sería el general Hurst. En qué guerra habría luchado. Era extraño que no se acordara de él. El pueblo tenía una fábrica de pianos, y había una empresa de relojes de Cincinnati que pensaba en instalar allí una planta.

—Se imaginan que tendrán menos problemas laborales en una ciudad pequeña como esta.

La mujer se fue a su pesar. Mientras se alejaba por el pasillo, se detuvo una vez y miró hacia atrás. Había algo un poco extraño. Ambos eran muy conscientes de ello.

—Confío en que estará cómodo —dijo ella. A los cuarenta años un hombre no vuelve a su pueblo natal para empezar a... La mujer de un viajante, ¿eh? ¡Vaya, vaya!

A las siete y cuarenta y cinco John salió a pasear por la calle principal y casi enseguida se encontró con Tom Ballard, que lo reconoció al instante, algo que a Tom le gustó. Se sintió halagado con ello.

—Una vez que he visto una cara, no la olvido jamás. ¡Vaya, vaya!

Cuando John tenía veintidós años, Tom debía de tener unos quince. Su padre era el médico más importante de la ciudad. Se pegó a John y le acompañó de vuelta hacia el hotel. No dejaba de exclamar:

—Te he reconocido enseguida. No has cambiado mucho, en realidad.

A su vez, Tom también era médico, y había en él algo... John supo de inmediato de qué se trataba. Subieron a su habitación, y John, que tenía una botella de whisky en la maleta, le sirvió un trago. Tom se lo bebió con demasiada ansiedad, pensó John. Hablaron. En cuanto Tom se tomó el trago, se sentó al borde de la cama, sin soltar la botella que John le había ofrecido. Herman trabajaba entonces de transportista. Se había casado con Kit Small y tenía cinco hijos. Joe trabajaba para la International Harvester Company.

—No sé si ahora está en la ciudad. Es un manitas, un mecánico estupendo, un buen tipo —dijo Tom. Bebió de nuevo.

Y sobre Lillian, a la que John mencionó como de pasada, él, John, sabría por supuesto que se había casado y divorciado. Hubo algún tipo de problema con otro hombre. Su marido se volvió a casar más tarde, y ahora ella vivía con su madre después de que su padre, el de la zapatería, hubiera muerto. Tom hablaba con cautela, como si protegiera a un amigo.

—Supongo que ahora ya estará bien, con rumbo firme y todo eso. Menos mal que no ha tenido niños. Es un poco rara, un poco nerviosa; ha perdido mucho.

Los dos hombres bajaron y, caminando por la calle principal, llegaron al coche del médico.

—Te llevaré a dar un paseo —dijo Tom; pero en cuanto se apartó del bordillo en el que había aparcado, se volvió hacia su pasajero y le dedicó una sonrisa.

—Deberíamos celebrarlo un poco, me refiero a tu regreso —dijo—. ¿Qué me dices de un trago?

John le tendió un billete de diez dólares, y Tom desapareció por la puerta de la farmacia más cercana. Salió riendo.

—He usado tu nombre. No lo han reconocido. En la receta he puesto que tenías una crisis nerviosa general, que necesitabas un reconstituyente. Te he recomendado tres cucharaditas colmadas al día. ¡Señor! Mis recetas ya casi se han acabado. —La farmacia era propiedad de un hombre llamado Will Bennett—. Tal vez lo recuerdes. Es el hijo de Ed Bennett; casado con Carrie Wyatt.

Los nombres eran apenas sombras en la mente de John. “Este hombre se va a emborrachar. Intentará que yo también me emborrache”, pensó.

Después de girar por Walnut Street desde la calle principal, se detuvieron entre dos farolas y tomaron otro trago; John se acercaba la botella a los labios, pero ponía la lengua en el agujero. Se acordó de las noches con Joe y Herman, cuando secretamente vertía la cerveza en la escupidera. Se sintió frío y solo. Walnut Street era una de las calles que solía recorrer cuando regresaba tarde de casa de Lillian. Se acordaba de la gente que vivía entonces en aquella calle, y una lista de nombres desfiló por su mente. A menudo se acordaba de nombres que no evocaban la imagen de nadie. Eran simplemente nombres. Esperaba que el médico no girara por la calle en la que vivieron los Holden, Lillian vivía más allá, en otra parte de la ciudad, en lo que se llamaba “el distrito de la Casa Roja”. John desconocía el porqué de ese nombre.

III

Avanzaron conduciendo en silencio, remontaron una pequeña colina y llegaron al

limite de la ciudad, hacia el sur. Parado junto a una casa que evidentemente había sido construida después de los tiempos de John, Tom hizo sonar la bocina.

—¿No eran estos los terrenos de la feria? —preguntó John. El médico se volvió y afirmó con la cabeza.

—Sí, justo ahí —dijo. Siguió tocando la bocina, hasta que un hombre y una mujer salieron de la casa y se quedaron de pie en la carretera junto al coche—. Vamos a llevar a Maud, Alf y a los otros a Lylse's Point —dijo Tom.

John sintió que lo arrastraban. Por un momento se preguntó si iban a presentarle.

—Tomaremos un poco de alcohol. Este es John Holden, vivía aquí hace años.

Dave Grey, el tipo del establo, solía entrenar sus caballos de carreras a primera hora de la mañana en la feria, cuando John era un chaval. Herman, que era un fanático de los caballos y soñaba con llegar a ser jinete algún día, iba a menudo a casa de John muy temprano por la mañana y los dos se encaminaban hacia los terrenos de la feria sin haber desayunado. Herman llevaba algunos sándwiches de carne fría que sacaba de la despensa de su madre. Iban campo a través, saltando vallas y comiendo sándwiches. En un prado que debían cruzar el rocío era denso, y las alondras alzaban el vuelo delante de ellos. Al menos Herman había llegado a un lugar en la vida en que podía dar rienda suelta a su pasión juvenil: todavía vivía de los caballos, tenía un carro. Con algún reparo John se preguntaba si Herman conduciría un camión.

El hombre y la mujer entraron en el coche, la mujer se sentó atrás, con John, el marido delante, con Tom, y fueron hasta otra casa. John no podía reconocer las calles por las que pasaban. De vez en cuando le preguntaba a la mujer:

—¿En qué calle estamos ahora?

Se reunieron con Maud y Alf, que se sumaron al asiento trasero. Maud era una mujer delgada de veintiocho o treinta años, rubia y de ojos azules, y desde el principio pareció decidida a hacer buenas migas con John.

—No ocuparé más de una pulgada —dijo riendo y apretándose entre John y la primera mujer, cuyo nombre él no recordaría más tarde.

Maud le gustó bastante. Después de haber recorrido unas dieciocho millas por un camino de grava, llegaron a la granja de Lylse, que se había convertido en un local de carretera, y siguieron. Maud permaneció en silencio la mayor parte del camino, pero se había sentado muy cerca de John, y como este se sentía frío y solo, agradeció el calor de su delgado cuerpo. A veces ella le hablaba a media voz:

—¿No está hermosa la noche? ¡Oh, sí! Me encanta salir así, en la oscuridad.

Lylse's Point quedaba en un meandro del río Samson, un arroyo al que John había ido a pescar con su padre cuando era pequeño. Más tarde fue también varias veces con un montón de compañeros de juventud y sus respectivas novias. Entonces tenían que ir en el viejo carromato de Grey; se tardaban varias horas en hacer el viaje de ida y vuelta. Cuando volvían a casa de noche les divertía mucho cantar a pleno pulmón y despertar a los granjeros que dormían. De vez en cuando unos cuantos se separaban del grupo y se aventuraban por algún camino. Era la ocasión para los muchachos de besar a su chica mientras los demás no miraban. Si se apresuraban un poco, luego podrían alcanzar el carromato.

Francisco, un italiano de rostro más bien triste, era el propietario de Lylse's, en donde había una sala de baile y un comedor. Se podía conseguir alcohol si se tenían los contactos adecuados, y era evidente que el médico y sus amigos eran viejos conocidos del lugar. Para empezar, anunciaron que John no tenía que comprar nada, anuncio que llegó antes de que él se hubiera ofrecido a hacerlo.

—Eres nuestro invitado, no lo olvides. Si alguna vez vamos a tu ciudad, entonces, de acuerdo —dijo Tom. Rió—. Y eso me hace pensar que he olvidado devolverte el cambio —dijo mientras le tendía a John un billete de cinco dólares. El whisky que habían comprado en la farmacia se había terminado por el camino, todos, excepto John y Maud, bebían con ganas.

—No me gusta eso. ¿Y a usted, señor Holden? —dijo Maud, y soltó una risita. Dos veces durante el viaje los dedos de ella se deslizaron y tocaron los dedos de él, y en ambas ocasiones ella se disculpó.

—¡Oh, perdóneme! —dijo. John tuvo una sensación parecida a la que había tenido antes, al anochecer, cuando la mujer del hotel se había quedado en la puerta de su habitación y no parecía que tuviera ganas de irse.

Cuando bajaron del coche frente a Lylse's, se sintió incómodo, viejo y raro. “¿Qué hago yo aquí con esta gente?”, se preguntaba una y otra vez. Cuando llegaron a donde había luz echó una ojeada furtiva al reloj. Aún no eran las nueve. Muchos otros coches, la mayoría de ellos, según explicó el médico, procedentes de Yerington, estaban aparcados frente a la puerta; cuando ya habían tomado varias copas de un vino tinto italiano más bien mediocre, todo el grupo, excepto Maud y John, fue a la sala de baile. El médico se llevó aparte a John y le susurró:

—Olvídate de Maud. —Apresuradamente le contó que Alf y Maud se habían peleado y que llevaban varios días sin hablarse, aunque vivían en la misma casa, comían en la misma mesa y dormían en la misma cama—. A él le parece que ella es demasiado alegre con los hombres —dijo Tom—. Será mejor que estés un poco atento.

La mujer y el hombre se sentaron en un banco, debajo de un árbol en la explanada que había frente a la casa, y cuando los demás terminaron de bailar, salieron con nuevas bebidas. Tom había conseguido un poco más de whisky.

—Es de maíz, pero es bastante bueno —afirmó.

En el claro cielo que había sobre sus cabezas lucían las estrellas, y mientras los demás bailaban, John se volvió y miró, más allá de la carretera y entre los árboles que bordeaban sus bancales, las estrellas que se reflejaban en las aguas del Samson. Una luz de la casa incidía sobre el rostro de Maud, un rostro de un encanto deslumbrante bajo esa misma luz, pero un poco caprichoso si se miraba de cerca. “Tiene mucho de niña malcriada”, pensó John.

Ella empezó a preguntarle cosas sobre la vida en la ciudad de Nueva York.

—Yo estuve una vez, pero solo tres días. Fue cuando iba al colegio, en el Este. Una chica que yo conocía vivía allí. Se casó con un abogado llamado Trigan, o algo así. Supongo que usted no lo conocerá.

Y entonces su rostro exhibió una mirada anhelante, insatisfecha.

—¡Dios mío! ¡Cómo me gustaría vivir en un lugar como ese, y no en este agujero! Será mejor que ningún hombre me tienta. —Y en cuanto lo dijo, soltó otra risita.

En un momento dado, durante la velada, cruzaron el camino polvoriento y se quedaron un rato a la orilla del río, pero volvieron al banco antes de que los demás terminaran de bailar. Maud insistió en que no quería bailar.

A las diez y media, cuando los demás estaban ya un poco borrachos, regresaron a la ciudad. Maud se sentó de nuevo al lado de John. En el camino, Alf se quedó dormido. Maud apretaba su esbelta figura contra el cuerpo de John, y después de dos o tres movimientos fútiles a los que él no dio ninguna respuesta particular, ella puso con atrevimiento su mano sobre la de John. La otra mujer y su marido hablaban con Tom sobre la gente que habían visto en Lylse's.

—¿Crees que hay algo entre Fanny y Joe?

—No; me parece que ella es decente.

Llegaron al hotel a las once y media y, tras desearles buenas noches a todos, John se marchó escaleras arriba. Alf se había despertado. Cuando ya se iban, se asomó y miró de cerca a John.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —le preguntó.

John subió las escaleras a oscuras y se sentó en la cama de su habitación. Lillian había perdido mucho. Se había casado, y su marido se había divorciado de ella. Joe era un manitas. Trabajaba para la International Harvester Company, un mecánico fabuloso. Herman era transportista. Y tenía cinco hijos.

Había tres hombres jugando al póquer en una de las habitaciones que quedaban junto a la de John. Reían y hablaban, y su voz llegaba con claridad a sus oídos.

—¿Lo crees en serio? Está bien, te demostraré lo contrario.

Se armó una pequeña pelea. Como era verano, las ventanas de la habitación de John estaban abiertas, él se acercó a una de ellas y se quedó mirando al exterior. Había salido la luna, y podía ver el callejón que había debajo. Por una calle aparecieron dos hombres y se quedaron en el callejón hablando en voz baja. Cuando se marcharon, dos gatos treparon a un tejado e iniciaron una escena amorosa. La partida de la habitación de al lado se había interrumpido. John podía oír las voces que llegaban desde el pasillo.

—Olvidadlo. Os digo que os equivocáis los dos.

John se acordó de su hijo en el campamento, en Vermont. “Hoy no le he escrito.” Se sintió culpable.

Abrió su maleta, sacó papel y se sentó a escribir; pero después de dos o tres intentos desistió y guardó el papel de nuevo. ¡Qué hermosa había sido la noche mientras estuvo sentado en el banco junto a aquella mujer en Lylse’s! Ahora ella estaría en la cama con su marido. No se hablarían.

“¿Sería yo capaz?”, se preguntó John, y entonces, por primera vez en toda la noche, se dibujó una sonrisa en sus labios. “¿Por qué no?”, se preguntó.

Con la maleta en la mano cruzó el oscuro pasillo, llegó a la recepción y golpeó sobre el mostrador. Un hombre viejo y gordo, de fino cabello pelirrojo y pronunciadas ojeras, apareció desde algún lugar. John le dijo:

—No puedo dormir. Creo que voy a seguir mi camino. Quiero llegar a Pittsburgh y como no puedo dormir, podría conducir. —Pagó la factura.

Luego le pidió al encargado que fuera a despertar al tipo del garaje, y le dio un dólar de propina.

—Si necesito gasolina, ¿hay algún lugar abierto? —preguntó, pero evidentemente el

hombre no le oyó. Tal vez le pareció que la pregunta era absurda.

John se quedó de pie bajo la luz de la luna en la acera frente al hotel y oyó que el encargado llamaba a una puerta. Pronto se oyeron voces, y los faros de su coche se encendieron. Y apareció con un muchacho al volante. El chico tenía una expresión viva e inteligente.

—Le vi en la puerta de Lylse's —dijo, y sin que nadie se lo pidiera, comprobó el nivel del depósito—. Está bien. Debe de haber cerca de ocho galones —le aseguró a John, que ya se había sentado al volante.

¡Qué paz en el coche, qué paz en la noche! John no era de los que disfrutaban conduciendo deprisa, pero salió del pueblo a toda velocidad. “Sigues dos calles, giras a la derecha y tres más. Entonces llegas al cementerio. Sigue recto hacia el este. No tiene pérdida.”

John tomaba las curvas a toda velocidad. En el límite del pueblo alguien le gritó desde la oscuridad, pero no se detuvo. Ansiaba llegar a la carretera que iba hacia el Este.

“Voy a sacarla de aquí —pensó—. ¡Señor! ¡Eso sí que va a ser divertido! Voy a sacarla de aquí.”